RESEÑAS

Fernando Savater, *El valor de educar*, 1997, México, Instituto de Estudios Educativos y Sindicales de América, 226 p.

Educación, según lo indica la palabra latina *duchere* significa sacar o extraer. De ahí que Sócrates —educador excepcional— centrara su quehacer en la mayéutica: el arte de hacer parir al otro, hacer que otro hombre dé a luz a su propio ser, que nazca él mismo como sujeto autoconsciente, libre y responsable con su comunidad. Pero este prodigio por el cual los individuos humanos quedamos literalmente preñados de nosotros mismos, de esas propiedades esenciales en que consiste nuestra humanidad, está en crisis. Hay sin duda un quebranto en el magisterio y en su vocación humanista.

124

Los factores de la crisis son múltiples, no obstante, quizá su raíz esté en la mecanización creciente de la vida, la cual no consiste en el hecho de usar máquinas, sino más bien en la necesidad —impuesta por la explosión demográfica y la escasez de recursos naturales— de planificar y uniformar los estilos de vida dejando pocas alternativas a la individualidad y a la creación libre. La libertad y la dignidad del hombre no parecen tener cabida en el mundo actual. Se pierden los fines propios de la vida humana, se olvida la necesidad radical de *ser*. ¿Para qué, entonces, educar?

No obstante, por más radical que sea la crisis, tener conciencia de ella es comenzar a enfrentarla; no darse por derrotado. De ahí la importancia de disponerse a escuchar a distintos pensadores y, en particular, a un filósofo, como es el caso de Fernando Savater, cuyo libro: *El valor de educar*, presentamos hoy.

Savater es uno de los filósofos contemporáneos más lúcidos, fecundos e incitantes. En su vasta obra reflexiona desde el vitalismo, el humanismo y la subjetividad, a la vez que transmite una peculiar pasión por el valor para pensar por nosotros mismos y atender así tanto a los problemas teóricos como a los que nos plantea la realidad circundante. Desde luego, esta pers-

RESEÑAS

pectiva general está presente en *El valor de educar*, desde ella Savater aborda cuestiones capitales de la educación como: ¿qué es educar y para qué hacerlo?, ¿cuáles han de ser los contenidos de la enseñanza?, ¿debe la educación promover la originalidad y la autonomía o garantizar la identidad del grupo?, ¿debe ella atender a la eficacia práctica o al pensamiento creador?, ¿cómo educar?, ¿debe la educación ser para todos? Para atender a estas preguntas, el autor desarrolla seis capítulos, acompañados de un prólogo y un epílogo y añade una antología de algunos pensadores de la educación en la que incluye desde Homero hasta Julio Torri y José Bergamín, sin olvidar a Rousseau y Stuart Mill —entre otros.

A lo largo del libro Savater nos brinda reflexiones aleccionadoras para la realidad mexicana en tanto se plantea problemas de la cultura universal a la cual pertenecemos, sin embargo, hay que tener presente que las situaciones concretas con las que Savater ilustra sus ideas son hechos y problemas de la España actual.

Resaltan en *El valor de educar* la primordial confianza en la educación democrática, en el papel social del maestro, en la educación escolarizada en general y en la educación estatal y primaria, en particular.

¿Qué somos los catedráticos de universidades, los periodistas, los artistas y los escritores —leemos en las primeras páginas— sino maestros de segunda que nada o muy poco podemos si no han realizado bien su tarea los primeros maestros?¹

125

Asimismo, Savater confía en la filosófica como perspectiva adecuada para abordar diversos problemas educativos. Por ello, desde el primer capítulo encontramos una “mirada desde lo alto”, o cabe decir también “una mirada desde lo básico”, pues con ella se penetra en lo radical y primordial del fenómeno de la educación.

En el capítulo: “El aprendizaje humano” Savater encuentra el fundamento de la educación en nuestra condición *perfectible* que quedó bellamente plasmada en la frase de Píndaro: “Llega a ser el que eres”, es decir, el fundamento reside en la convicción básica de que el hombre no es propiamente tal por

¹ P. 14.

RESEÑAS

el hecho de haber nacido con un cuerpo humano, sino que ha de conquistar su humanidad a través del tiempo. El hombre está llamado a humanizarse, y la humanización sólo se logra —nos dice el autor, en la imitación de los demás. Pero esta imitación tiene dos condiciones específicas que la distinguen de la imitación animal: Primero, el reconocimiento de la ignorancia propia y de los otros. Sólo podemos educar y ser educados si tenemos presente el no saber que nos acompaña siempre. Y segundo, la comprensión de significados, esto es, la comprensión de la realidad a partir de la mentalidad que los hombres imprimimos en ella. Dicho de otra manera, se trata de asumir el conocimiento del mundo como vehículo de unión interhumana, como el medio que nos permite establecer contacto con otra subjetividad. Con base en esto, Savater hace evidente que la finalidad de la educación es fortalecer los vínculos humanos haciéndonos conscientes de la realidad de nuestros semejantes. Y no se trata de un mero pensar en las otras mentalidades, sino de ejercitar una auténtica reflexión autoconsciente que nos permita aceptar al otro como un sujeto libre, con una realidad propia que hemos de respetar y comprender, y a partir de la cual tendremos que modular nuestra voluntad. La finalidad de la educación es seguir existiendo como seres humanos. Educar es humanizar: reconocernos *en* la libertad del otro.

126

¿Y cuáles son los contenidos de la enseñanza? Para una mirada “desde lo alto” estos contenidos son la sociedad y el tiempo. En el fondo, a través del conocimiento aprendemos que nuestra vida se entreteje con la comunidad, aprendemos también que la condición humana es finita y que, por tanto, hubo otros hombres antes que nosotros de los cuales hemos de aprender. Lo enseñado es, a fin de cuentas, una tradición y una experiencia de los que llegaron antes al mundo. Pero también atiende Savater a la discusión contemporánea sobre la diferencia y el enlace entre instrucción y educación. Para él, debe haber una síntesis entre ambas, pues las dos son igualmente necesarias, aunque quizá haya que poner énfasis en la educación. Y es que mientras la instrucción desarrolla lo que Passmore ha llamado habilidades cerradas, aquellas de eficacia práctica y que una vez que las adquirimos no podemos ir más allá (caminar o aprender a usar una máquina), la educación pone en desarrollo habilidades abiertas, las que corresponden a la creatividad en general y en las cuales siempre se puede avanzar. Para que se dé la socialización humanizante es preciso —nos dice Savater— que se reconozca lo original e irrepetible de cada uno, la capacidad originadora de conocimientos, de habilidades y de valores morales.

RESEÑAS

Así pues, ante la pregunta sobre si la educación ha de garantizar la identidad del grupo o promover la autonomía, Savater nos invita a pensar que ella ha de realizar ambos hechos al mismo tiempo. La sociedad sólo se garantiza por la comprensión de significados, pero esta comprensión requiere de la actividad innovadora de los individuos. La sociedad sólo existe transformándose, por ello ha de propiciar la creatividad: el pensamiento crítico, la creación artística y la renovación permanente de valores, tales como la generosidad y la valentía moral.

Pero ¿cómo educar? En el capítulo titulado: “El eclipse de la familia” Savater analiza la crisis familiar y la pérdida de la niñez —del asombro propio de ésta— ocasionada por el carácter acrítico con que informan los medios de comunicación. Los padres, separados e incluso unidos, ya no quieren asumir su autoridad, la cual —bien entendida— consiste en ayudar a crecer al otro compartiendo con él la experiencia propia. Savater nos recuerda aquí que autoridad viene de *augeo*: crecimiento, y no de imposición arbitraria. Pero en tanto predomina en la sociedad actual un rechazo a la vejez y un desmedido afán por lo joven, los padres no quieren ser adultos, no son capaces de asumir su experiencia y transmitirla a los hijos, no quieren contribuir a la maduración social del individuo. Transitoriamente, la escuela ha de tomar este papel, pero además hemos de ser capaces de concebir de nuevo las figuras del padre y la madre intentando reunir autoridad, madurez, solitud doméstica, cercanía y abnegación. Resulta indispensable generar en los niños el “principio de realidad”: la asunción de límites y de fines a largo plazo, a fin de que aprendan a convivir. Pero ¿cómo generar, el principio de realidad en los niños? De acuerdo con Bruno Bettelheim, Savater reconoce que tal generación implica un esfuerzo, una renuncia por parte del niño, y que éste sólo realizará tal esfuerzo si se le infunde un “cierto miedo controlable”. No se trata desde luego de crear un miedo generalizado en la psique de los pequeños, pero sí de enseñarles a temer ante la posibilidad de perder el cariño de sus padres, con los cuales necesariamente tienden a identificarse. A este respecto, Savater cita el siguiente pasaje de Bettelheim:

Ya no podemos o queremos basar el aprendizaje académico en el miedo. Sabemos que el miedo cobra un precio tremendo en forma de inhibición y rigidez. Pero el niño debe temer algo si queremos que se aplique a la ardua tarea de aprender. Opino que para que prosiga la educación, los niños tienen que haber aprendido a tener miedo a

RESEÑAS

algo. Si no se trata del miedo a condenarse o a ser encerrados en la leñera, en estos tiempos ilustrados ha de ser *cuando menos*, el miedo a perder el amor y el respeto de los padres (o más tarde, por poderes, el del maestro) y finalmente el miedo a perder el respeto por ellos mismos.²

Por otra parte, Savater atiende a cuestiones específicas sobre la tarea pedagógica, como por ejemplo ¿cuál es el sentido y cuál la mejor manera de enseñar contenidos tales como ética, religión, educación sexual, uso de las drogas y la violencia. Sobresale en estos análisis el dedicado a la ética. En él advertimos que esta disciplina ha de ser enseñada tanto como una actitud a seguir en la que se haga patente la sociabilidad humana —de la cual los maestros han de dar buen ejemplo— como una asignatura específica que permita a los alumnos reflexionar críticamente y discutir los valores de su sociedad. Y sobre todo, en este análisis se revela el fundamento vitalista del filosofar savateriano. Las virtudes en que han coincidido los grandes pensadores son: el *coraje* para vivir frente a la muerte, la *generosidad* para convivir con los demás y la *prudencia* para sobrevivir entre las necesidades. Todas estas virtudes, provienen siempre, sin rodeos —dice el autor— del anhelo básico de *vivir más y mejor*.³

128

El penúltimo capítulo del libro trata la poca atención que se presta en los últimos tiempos a las materias humanísticas, como, precisamente, a la filosofía. A este respecto, el autor de *El valor de educar* nos recuerda un hecho fundamental, a saber: la química, la física, las matemáticas y todo conocimiento en general es humanizante, no hay humanidades sin este saber creado por los hombres. Por otro lado, también señala Savater que lo importante no es la cantidad de horas dedicadas a un saber, sino el *cómo* se enseña un conocimiento. Lo decisivo es que cualquier saber se transmita de manera dinámica, propiciando preguntas en el estudiante y no entregándole una lista de soluciones que han de paralizar su mente.

En el capítulo final, “Educar es universalizar”, se pone de manifiesto el vínculo estrecho entre educación y democracia autocrítica. Si educar es humanizar, socializar, ella ha de ser para todos, no puede excluir *a priori* a nadie, sino que por el contrario, ha de esforzarse por mantener de manera

² P. 74.³ P. 84.

RESEÑAS

activa, y no meramente formal, el reconocimiento intersubjetivo, la auténtica comprensión y respeto a la libertad del otro, su derecho a saber y ser mejor.

Como todo libro, en especial aquellos que confirman el valor del pensamiento crítico, *El valor de educar* suscita acuerdos y desacuerdos, interrogantes y comentarios. Hay un aspecto en particular que quiero comentar diciendo no a Savater y, paradójicamente, diciéndole sí en atención a otro momento de su filosofar. Si lo que buscamos al educar es constituir sujetos sociales y libres al mismo tiempo, ¿por qué la educación infantil ha de tener como base enseñar al niño el temor a perder el cariño de sus padres?, ¿es acaso que sólo por este temor el niño va a asumir el límite y los fines a largo plazo? Desde luego, el miedo está en el niño, como lo está también en todos los animales, desde los más minúsculos hasta los mamíferos más desarrollados. Por tanto, lo que hay que enseñarle al niño no es a que sienta algún temor, sino más bien hay que enseñarle a *no tenerle miedo al miedo*. La conciencia de que el miedo, tanto el que parece incontrolable como el controlado, nos acompaña siempre y de que, sin embargo, a pesar de él, hemos de mantener las convicciones propias, parece ser una fuente más fecunda para la libertad y la socialidad. En vez de ver el origen de la ley en el temor, puede verse (como lo hace el mismo Savater en uno de sus libros más bellos y, a mi modo de ver decisivos para la conciencia contemporánea: *La tarea del héroe*) en la afirmación del querer fundamental, del deseo de ser mejor. Dicho de otro modo, quizá convenga más cultivar en el niño el afán de perfectibilidad que todos poseemos, realizar con él el ejercicio de la *duchere* enseñándole a gozar y gozarse a sí mismo en su esfuerzo por mejorar. Y desde luego, para esto también podemos apoyarnos en la propia capacidad racional del niño.

Por otra parte, y en relación con otro hecho, no creo que baste con reconocer la capacidad humanística de las ciencias para quitarle peso a la poca importancia que se le concede a las asignaturas filosóficas hoy en día, y tampoco basta con poner énfasis en el *cómo* sobre el *qué* se enseña. Quizá, precisamente en nuestro tiempo hay más necesidad que nunca de la *profundidad* que sólo la filosofía, bien impartida por supuesto, puede otorgar, y si el afán simplificador que invade la vida actual reduce la importancia de la conciencia filosófica es justamente por simplismo, pero no creo que ello pueda justificarse.

No obstante, y en definitiva, *El valor de educar* es una obra que, como todos sus ensayos, nos transmite algo más que un discurso claro e ilustrativo, Fernando Savater nos transmite lo que los griegos llamaron un *pathos*,

RESEÑAS

un sentir o una afección radical. En este caso nos contagia su confianza en el valor intrínseco de la educación y la democracia, y nos invita a renovar a ambas con valentía y esfuerzo continuado, pues como afirma él mismo en el epílogo del libro: el signo más notable de una buena educación es “querer más educación”.

LIZBETH SAGOLS

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM